

Carta a un evaluador de revista indexada¹

Apreciado colega Evaluador 2-segundo árbitro-:

Buen día. Permítame Ud. llamarlo de esta manera ya que, debido a las exigencias obvias en una revista indexada se reserva su identidad. Solo conozco hasta ahora su opinión sobre mi artículo, que me ha llegado bajo el nombre de *Segundo árbitro*. Parto además del presupuesto de que la publicación tiene todo el derecho de aceptar o rechazar mi contribución, de acuerdo siempre con las evaluaciones de dos expertos, pues así lo plantean sus reglas del juego. Al final de estas páginas dispone Ud. de mis datos personales que le ayudarán a que, cosa típica de la reflexión teológica al menos para quienes hemos frecuentado por años la academia, continuemos el debate que aquí le propongo, si lo desea. Por ahora, como presupuestos para cuanto quiero ofrecer a su consideración, concédame además el identificarme, en ámbito científico, con la teoría crítica y con la hermenéutica; simpatizo con la teología de la liberación y con la que otra corriente latinoamericana ha llamado “teología del pueblo”, aunque no he militado en ellas; y he frecuentado la docencia de la teología y de las humanidades por cerca de 30 años.

Pienso que la evaluación del producto teológico de un colega implica el reconocimiento de sus aciertos y la verificación de sus desaciertos. Por eso, quiero pensar que *la Revista*, por razón de brevedad, solo ha extractado de su texto la totalidad de los segundos, pues el único que advierto entre los primeros es la “buena compilación de documentos”, de los que afirma que “tienen alguna relación con el tema”, mientras desde el inicio de las páginas que se me han remitido señala Ud. “graves inconsistencias” en el artículo. Y estoy seguro de que ha hecho Ud. su valoración de mi ensayo con el espíritu de quien pretende ayudar a construir la verdad sobre algo que ambos apreciamos, la confesión de la fe en la santa Trinidad, como a la tradición ortodoxa cristiana gusta llamarla. De ambas actitudes, le expreso mi sincero

¹ El texto del artículo que dio origen a este fue presentado a una revista colombiana de Teología indexada para ese momento en categoría A por Colciencias. La contribución fue rechazada por ambos evaluadores. Para cada uno el autor elaboró una comunicación diferente, solicitando al director de la publicación su remisión a los destinatarios. *Revista Neuronum* incluye ahora el texto redactado para el segundo evaluador.

reconocimiento pues, además, en medio de sus tareas cotidianas se ha ocupado gratuitamente de mi texto. Pero vayamos al contenido de sus restantes apreciaciones.

Inicia Ud. su evaluación afirmando que “la introducción presentada es inconsistente”. Lamento que aparezca así. Solo que quizás Ud. acepte que hay diversas maneras de presentar “los objetivos, la metodología, las fuentes y el estado del arte” que enumera su frase. Permítame reconocer que he trajinado demasiado escrito árido y hastiante, casi soporífero, que nada dice a la mentalidad contemporánea, sobre todo en los textos académicos de la teología, pues advierto que muchos entre quienes la escriben han caído en la misma tentación de otros estudiosos, la de autoconvencerse de que si su lenguaje es técnico, vale decir formal, pertenece al de la ciencia (un paréntesis: ¿ha notado Ud. que en raras ocasiones los índices bibliográficos internacionales incluyen la teología entre las ciencias humanas y suelen preferir la expresión “historia de las religiones”, que no es lo mismo?). Estoy convencido de que la teología y la creatividad artística están en íntima relación; al fin de cuentas la fe religiosa tiene expresiones que pertenecen a la música, a la pintura, a la escultura, a la lírica, a la narrativa, a la dramática; una muestra de ello, solo una: los diversos mitos de las diversas culturas que han dado lugar a la reflexión teológica de todos los tiempos.

Por eso, con el fin de evitar a mis lectores el mismo tormento al que fui sometido mucho tiempo durante mis tareas académicas, he optado por sugerir en mis títulos y subtítulos, y aun en mi estilo general cuando escribo, a cambio de evidenciar los contenidos; y he notado que, sin embargo, quien accede a lo que escribo los descubre a medida que avanza en su investigación. Ya que supongo que el lector de mis textos es otro investigador perteneciente a esa bajísima proporción de tres de cada mil colombianos que, al reciente parecer del experto educador Julián de Zubiría, sabe leer un texto con sentido crítico; prescindo de la cita porque no es del caso y porque sospecho que el porcentaje no es tan exiguo.

Señala también que los documentos a los que recurro “no son esgrimidos para consolidar el tema desarrollado en el artículo”. Aunque difiero de la expresión *esgrimir*, pues no me siento en lucha con nadie, creo haber presentado suficientes argumentos a partir de los documentos aludidos para consolidar el tema: tratar de evidenciar que, así como ellos han

contribuido a dejar en la sombra la fe de *JdeN*, también pueden ayudar –y de hecho varios lo han logrado- a traerla a la luz.

Permítame Ud. aclarar que “muchas citas textuales, indicadas con las comillas por el autor, que no presentan respaldo con fuente alguna” son simplemente un recurso a la reducción de las notas al pie de página para no sobreabundar en ellas. Es posible que por falta de tiempo no haya advertido Ud. que, en efecto, la nota al pie de página de más de un párrafo, que incluye esas referencias textuales entrecomilladas, da razón del lugar preciso que tienen dichos textos en el documento (libro o artículo) aducido. En pocos casos se trata de expresiones comunes a las que atribuyo un determinado sentido, que puede entenderse por el contexto mismo.

Vayamos ahora a sus puntualizaciones sobre los recursos *web* que he utilizado. Es una lástima que no haya otras tan precisas en los aspectos precedentes analizados por su texto. “La primera y más grave es la cita 19 en la que se recurre a un texto de Wikipedia, esto desvaloriza el trabajo investigativo”. Lamento, apreciado Evaluador 2, que no haya quedado claro para Ud. que he acudido a esa fuente, como lo hacen muchos católicos romanos devotos, para mostrar los equívocos a que ella da lugar sobre la persona de *JdeN*; pues, de acuerdo con el contexto que precede a la cita, me interesa mirar a la devoción popular a fin de hacer luz sobre la sombra en que él ha permanecido tanto tiempo.

“La segunda es la fuente utilizada en las citas 3,13, 15, 27, hacen referencia a un *blogspot* que también desmerece la fuente”. “La tercera es la que se presenta como respaldo para las citas 6, 21, se hace referencia a un sitio *digilander* que también se presenta como una fuente poco confiable para un trabajo científico”. Tiene Ud. razón, ya que lo hice por sola comodidad pues no consideraba algunas de esas referencias fundamentales para mi propósito sino secundarias; la de Pío XII, de mayor trascendencia para el tema, podría hallarse como referencia general, sin palabras textuales en otros documentos, que he citado; pero sí debería yo buscar despacio las de las notas 6 y 21. Con alguna mayor dificultad, sin embargo, pienso que encontraría los textos del cardenal Pie (nota 3) y de Isidoro Isolani (nota 15) en cualquier biblioteca de teología.

Si en el futuro aceptara mi invitación al debate, le estaré muy reconocido si me ayuda con las fuentes que, veo yo, conoce Ud. bien. Y ya

que mi interés directo es mirar a la resonancia que ha tenido la figuración de *JdeN* en la literatura teológica de divulgación y en la devoción popular, mi recurso a las fuentes se ha reducido a la bíblica, a la neotestamentaria apócrifa y a los documentos pontificios –espero no olvidar ninguna- pues no creo indispensables otras para el objetivo que me he propuesto; esto explica quizá su percepción de mi “poco trabajo con la fuente misma”. Siento además que no haya dispuesto Ud. de mayor tiempo para señalar en concreto las “(más) referencias *web* que hacen dudar de las fuentes”.

Añade Ud. que hay en el ensayo “afirmaciones en primera persona singular, es decir, el autor emite juicios y apreciaciones que son de su exclusiva responsabilidad que no se encuentran respaldadas con fuentes confiables”, y que eso “rebaja la calidad científica del trabajo realizado”. Permítame, colega Evaluador 2, diferir de su valoración negativa, aunque estoy de acuerdo con el presupuesto de ella, pero no con la conclusión. En mi vida personal suelo hacer pocas afirmaciones sobre la realidad, si bien muchos lo consideran un defecto. Pero mis “juicios y apreciaciones” que son, claro está, de mi “exclusiva responsabilidad”, los emito siempre después de previas consideraciones y como conclusión de un balance de los hechos que he sometido a examen. A mi parecer, es así como la ciencia –y para mí la teología lo es- progresa, y no se convierte en mera repetición de lo que otros han logrado, aunque sean considerados autoridades. Su propio texto en varias ocasiones me ha llamado “autor”: la raíz latina de la palabra muestra que quizá tanto Ud. como yo podemos serlo.

Termina su evaluación afirmando que “un aspecto gravísimo es la inexistencia de conclusiones”. Entiendo que la academia las exige. Es posible que mi familiaridad con la teología moral, la predicación, la actividad ecuménica y sobre todo con la teología espiritual, además de lo que he buscado aclarar con respecto a la inconsistencia de la introducción, me inclinen más al tipo de “conclusiones” que son guías para el camino y sugerencias para el futuro: el párrafo final de la página 19 de mi texto las plantea, y me atrevería a decir que las hago desde la página 14 cuando examino “el espinoso asunto de la sagrada familia de Nazaret”. Si las considera Ud. válidas es porque le sirven de conclusión del camino que inicié conmigo desde que comenzó su lectura de mi texto: y quizá sean suficientes para todo lector que quiera seguir iluminando su fe.

Ya que Ud. y yo hemos tenido el absoluto privilegio de superar el escaso margen del tres de cada mil colombianos que podríamos leer un texto con sentido crítico, lo invito a que, por ejemplo a través de este mismo medio y aun yendo más allá de las márgenes del artículo, continuemos el debate: para mí el segundo resulta de mayor trascendencia que el primero. Si prefiere el silencio, sabré entenderlo: José de Nazaret, el creyente ensombrecido, me está enseñando a hacerlo.

Con mis mejores deseos para Ud. en la Pascua que volvemos a celebrar,

Alberto Echeverri
Rovellasca (CO) – ITALIA

El autor

Colombiano. Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana; Licenciado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana; Magister en Teología, Pontificia Universidad Javeriana; Doctor in *Theologia Spiritualis*, Università Pontificia Gregoriana, Roma; Postdoctorado en Educación, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. Profesor ocasional de la Especialización en Desarrollo humano con énfasis en procesos afectivos y creatividad, Facultad de Ciencias y Educación, Universidad Distrital “Francisco José de Caldas”, Bogotá. Miembro del grupo Sagrado y profano, adscrito a la Universidad Industrial de Santander y al Instituto Colombiano de Estudio de las Religiones.

Código ORCID: 0000-0002-3570-6770.

Correo: escarabajo4747@gmail.com